

be imputar á sus imprudencias, á su falta de vigilancia, y aun puede ser que á sus escándalos? ¿Cómo reparar estas desgracias? Volviendo á Dios por nuestro celo los que lo habian abandonado; procurándole tantos homenajes, si podemos, como ultrajes le hemos ocasionado.

¡Feliz el pecador convertido que puede suavizar por los trabajos de su celo, la amargura de sus pesares, al recuerdo de sus antiguos extravíos! Señor, yo he sido causa de que os ofendan, yo os he ofendido; pero yo me esfuerzo en procurar que os adoren, que os bendigan y que os amen. Demonio cruel, tú me has vencido, yo te venceré; yo te arrancaré mas almas que las que tuve la desgracia de darte. Así se consuela un cristiano celoso: puede decir con toda seguridad: *Vos sabeis, Señor, que yo os amo* [1].

En cuanto á mí, Dios mio, hasta este dia no he podido decíroslo sin mentir á mi conciencia; porque ¿en qué, Señor, hubiérais podido reconocer mi amor? ¿Seria en mi indiferencia por la salvacion ó por la pérdida de tantas almas, cuya salvacion deseais tan vivamente? Vos sabeis ahora que os amo; vos lo veis en el pesar que esperimento por haberme dilatado tanto en daros este testimonio de mi amor. Vos lo sabreis, vos lo vereis en lo de adelante y para siempre en mis piadosas industrias, y en la actividad y constancia de mis esfuerzos,

(1) Joan. 21 15.

para hacerlos amar, si puedo, de todos mis hermanos.

Virgen santa: vos sois mi Madre; yo no tengo mas dulce consuelo que pensar en esto. Mas ¡ah! ¿Podeis reconocerme por vuestro hijo? ¿Cuánta caridad necesaria para parecerme á mi divina Madre! ¡Ay! A lo menos yo os conjuro por ella: arrojad de vuestro corazon en el mio algunas centellas de aquel fuego sagrado que os inspiraba tanto celo para la salvacion de las almas. Acordaos &c. (pág. 35.)

SEGUNDO MOTIVO DE NUESTRO CELO

PARA LA CONVERSION DE LOS PECADORES.

EL INTERES DEL PROJIMO.

MEDITACION PRIMERA.

EL MAL QUE SE TRATA DE REMEDIAR ES DIGNO

DE NUESTRA COMPASION.

PUNTO I.

Naturaleza de este mal.

La caridad es compasiva, mas tambien es inteligente: mide su compasion por la grandeza de los males que son objeto de ella.

¿Hay algo que sea mas digno de nuestra comiseracion, que el triste estado de esas almas inmortales, y sin embargo desprovistas de la verdadera vida, pues que han perdido la gracia santificante; despojadas de sus méritos, despedazadas de remordimientos, ó sumergidas en un letargo mas deplorable todavía? Ved aquí para lo presente; y ¡qué porvenir!... ¡Qué peligro de morir en la desgracia de Dios, cuando se consiente en vivir así!

¿No se estremece nuestra fe á la idea de un tan gran número de pecadores, suspendidos por un hilo de vida sobre ardientes abismos, y pudiendo á cada instante sumergirse en ellos?

Ah! ¿por qué gastamos el bello sentimiento de la piedad? Nosotros lloramos, dice S. Agustin, un cuerpo de donde se ha retirado el alma, y no lloramos una alma separada de su Dios por el pecado. ¡O santa misericordia, celeste emanacion de la bondad divina, que vos encontráis aquí, sin embargo, un justo motivo de lágrimas!...

PUNTO II.

Estension de este mal.

¿Donde está la inocencia? ¿Donde están los cristianos que se acuerdan de los empeños contratados con Dios en las fuentes sagradas del bautismo? ¿Donde están las banderas fieles? Toda carne ha corrompido su camino. Lo

los intereses de nuestros hermanos? ¿Podemos

que los profetas han dicho en su dolor en otro tiempo ¿no se puede decir ahora?

Yo he buscado en todas las condiciones, en todas las edades; me he dirigido sucesivamente á los grandes y á los pequeños, á los pobres y á los ricos, á los niños, á los jóvenes y á los ancianos.... No he encontrado en todas partes sino olvidos de Dios, menosprecio de su ley, y rebeldía audaz, contra su autoridad soberana... He visto un diluvio de crímenes trayendo tras sí un diluvio de desgracias... ¡He visto al infierno dilatando sus entrañas, y á pueblos de pecadores precipitándose en sus golfos profundos!... ¡Cuáles hubieran sido mis sentimientos, si encerrado en la arca de Noé, hubiera tenido á los ojos el doloroso espectáculo de tantos desgraciados, que disputaban su vida contra la cólera celeste! ¿Qué hubiera pensado? ¿Qué hubiera hecho para arrancar á la muerte alguna de aquellas innumerables víctimas? ¡Ah! Una inundacion de máximas, de usos corruptores; un diluvio de impiedad y de libertinage amenaza de tragarlo todo al rededor de mí; vecinos, parientes, y amigos... todo va á perecer! ¿No tenderé á ninguno una mano auxiliadora?

PUNTO III.

Contagio de este mal.

El gana de cerca á cerca. El vicio propagado por el escándalo, gasta, infecta, asola to-

¡Hay algo que sea mas digno de nuestros...

dos los corazones. Jamas el enemigo de las almas inspiró á sus satélites un celo mas mortífero y mas pérfido. ¿Faltan plumas para escribir sus blasfemias, ó boca para publicarlas? ¡Hay un día en que no se invente algun nuevo medio de alterar la fe y las costumbres, ó en el que no se componga algun nuevo veneno funesto á la inocencia? Pintura, poesía, música... todos los artes se hacen auxiliares del escándalo, es decir, del arte monstruoso de perder las almas. ¿Podrémos no gemir por males tan grandes, y nos contentarémós con gemir por ellos? ¿Por qué no se opondrá la caridad como un muro de bronce á este torrente que amenaza arrastrarlo y perderlo todo?

¡Oh mi Dios! no dejéis estériles en nosotros los santos deseos que vuestra gracia escitó en ellos. Sí, nosotros estamos prontos á dedicarnos á la salvacion de tantos desgraciados. Señor, ¿qué quereis que hagamos? Emplearémós todos los medios que la caridad nos indique, harémós los sacrificios que ella nos pida, por el interes eterno de estas almas que vos amáis tan tiernamente. ¡Oh Jesus! nosotros os ofrecemos por ellas vuestros propios dolores y las lágrimas de María Virgen Santísima: desplegad para salvarlas todos los recursos que un amor inmenso os hace encontrar en un poder sin límites; pero no teneis necesidad mas que de pedir. Acordaos &c. (Pág. 35.)



los intereses de nuestros hermanos? ¡Podemos

MEDITACION SEGUNDA.

AQUELLOS POR QUIENES SE SOLICITA NUESTRA COMPASION LA MERECEAN.

PUNTO I.

Son hombres como nosotros.

Son como nosotros sensibles al placer y á la pena; su alma ha sido como la nuestra, criada á imágen de Dios, rescatada con la sangre del hombre Dios, destinada á participar de la felicidad de Dios. ¿Cómo reconocer la semejanza divina bajo este conjunto de iniquidades? ¿La conquista de la sangre de Jesucristo en este esclavo del demonio? ¿El heredero del cielo en este pecador que camina á grandes pasos al infierno?... Vuestro ojo, sin embargo, ó Dios mio, y sobre todo vuestro corazon, no se engaña en esto. Vos reconocéis siempre vuestra imágen, el fruto de vuestros dolores, vuestro Hijo, como el padre del pródigo reconoció á su hijo bajo los andrajos de la indigencia, y bajo la librea del crimen. Vuestras entrañas, como las suyas, se conmueven de compasion... ¡Ah! me parece oiros repetir todavía estas palabras

Hay algo que sea mas digno de nuestra...

de misericordia y de amor: yo tengo compasion de este pueblo (1).

¡Qué, Señor, lo que merece vuestra compasion, será indigno de la mia? ¡Oh vergüenza esclama S. Bernardo: una bestia de carga cae y se encuentran brazos que la levanten: almas millares de almas caen en el abismo del pecado y en el del infierno... ¡ninguno, casi ninguno trata de afligirse por esto!

PUNTO II.

Son nuestros hermanos.

Origen, deberes, destino, todo nos es comun con aquellos que se trata de preservar de la mayor de las desgracias, procurándoles el mayor de todos los bienes. El mismo Dios nos ha adoptado por sus hijos; la misma Iglesia es nuestra Madre; el mismo cielo nos está preparado....

¡O santa hermandad, fundada en la naturaleza, consagrada por la religion, cimentada con la sangre de Jesucristo. ¡Será preciso que haya hombres, que haya tantos hombres, aun entre los que se dicen cristianos, respecto de los cuales parece que no eres sino una palabra vana. Los unos no conocen tu influencia saludable, porque los otros no llenan las sagradas obligaciones que impones. ¡Cómo no son nuestros

(1). Marc. 8, 12.

los intereses de nuestros hermanos? ¡Podemos estar sin alarmas en su peligro?

Un niño muestra el camino á un viagero que le pregunta: lo ve separarse de él, y meterse en un sendero que lo conduce á algun precipicio... sí, un niño se mueve á compasion por este desconocido que pasa; lo llama, y corre á alcanzarlo para apartarlo del abismo.... Y yo, viendo estraviarse mis hermanos, y viéndolos correr al infierno por diferentes caminos, ¿no sabré ni darles un consejo, ni arrojar por ellos hácia el cielo el grito de la oracion? ¡Y qué, decia S. Pablo á los Corintios, perecerá vuestro hermano, y lo dejareis perecer, á él, por quien Jesucristo murió? (1)

PUNTO III.

Puede ser que sean personas con quienes estamos unidos por lazos particulares.

El celo es respecto de la caridad lo que el calor respecto del fuego. Los que están mas cerca de nosotros deben sentir mas los celestiales ardores de nuestro celo. ¿Qué cosa mas para una madre que su hijo, para una esposa que su esposo, para un hijo que su padre, y para un amigo que su amigo?....

Entre las personas que nos son queridas por alguno de estos títulos, ¿no hay alguna cuyo

(1). 1. Cor. 8, 113.

triste estado delante de Dios no nos podamos disimular? ¡Ah! No hablemos mas de nuestro amor á nuestros parientes y á nuestros prójimos, ó interesémonos vivamente por su salvacion. Escuchemos á S. Pablo, y temblamos por nosotros mismos si descuidamos de las almas á cuya suerte parece que la Providencia ha unido la nuestra. *Si alguno, dice este grande apóstol, no tiene cuidado de los que le pertenecen, sobre todo de los que componen su casa, renegó de su fe, y es peor que un infiel (1).*

Esta dureza es tan contraria al espíritu del cristianismo, que equivale á una verdadera apostasia. ¡Qué oráculo tan terrible! ¿Cómo no despertar al ruido de este trueno, cómo he comprendido tan tarde que por los que amo, como por mí, no tenia verdaderamente que temer ó desear que lo que es eterno; que mis afectos respecto de ellos eran enteramente carnales, y enteramente paganos, pues que no llegaban hasta el alma, que debia ser el primer objeto?

Vos me abris los ojos, Señor: ¡seais por esto eternamente bendito! Dios de paciencia, diferid todavía pedirme cuenta de las almas que me habeis confiado.... Yo pondré todo mi cuidado en ganarlas para vuestro amor. No, yo no sufriré que *uno solo de los que vos me habeis dado llegue á perderse (2)* por mi culpa. O María!

(1). 1. Tim. 58.

(2). Joan. 18, 9.

(1). Mat. 6, 12.

yo pongo su suerte como la mia en vuestras manos, reparad la desgracia de mi culpable negligencia. Acordaos &c. (pág. 35.)

MEDITACION TERCERA.

LOS MEDIOS QUE TENEMOS DE SOCORRER A NUESTROS HERMANOS SON TAN FÁCILES, QUE NO DEJAN NINGUN PRETESTO ANUESTRA INDIFERENCIA.

PUNTO I.

El buen ejemplo.

Ningun sermón es mas elocuente. ¿Se trata de despertar y aun de establecer la fe? La autoridad del ejemplo tendrá siempre mas fuerza que la del discurso. La verdad del cristianismo ha sido mejor demostrada por la heroica paciencia de sus mártires, que por la ciencia de sus apologistas. ¿Qué fué lo que convirtió á S. Pacomio? La caridad compasiva de los primeros cristianos hácia los desgraciados prisioneros que les eran desconocidos. El comprendió que solo una religion divina podia inspirar semejantes sentimientos. ¿Qué convirtió al mundo entero? La santa vida de los apóstoles, responde S. Crisóstomo, mucho mas que sus milagros.

¿Se trata de someter el corazón á deberes penosos? El buen ejemplo hace avergonzar á la vileza é inflama el valor. Se tiene vergüen-

za de sus debilidades cuando se ve á los otros triunfar de sus inclinaciones, se pregunta indignándose contra sí mismo, si no podrá uno lo que pueden hombres que no son de naturaleza diferente. Nosotros creemos en la suavidad del yugo de Jesucristo, cuando somos testigos de la alegría con que le llevan sus verdaderos siervos. Se exhala de la santidad como un perfúmen que nos embalsama, y nos atrae suavemente á caminar en el sendero que nos señala.

¡Qué hermoso es, dice S. Ambrosio, no tener necesidad sino de ser visto para ser útil! Oh! yo quiero, pues Jesucristo me lo manda, quiero que *la luz de mis obras brille delante de los hombres*, no por mi gloria (no lo quiera Dios!) sino por la del Padre que tengo en el cielo (1).

PUNTO II.

Los buenos consejos.

Un aviso sabio dado en el desahogo de la amistad ha sido suficiente alguna vez para producir los mas felices frutos de santificación. Una palabra de esta naturaleza fué la que abrió los ojos á S. Francisco de Javier, le hizo entrever la nada del mundo, sentir la suma importancia de su salvacion, que él descuidaba, y lo preparó á ser el instrumento de la salvacion de tantas almas.

(1) Mat. 5, 16.

(1). Mat. 5, 16.

¡Cuántos otros santos debieron su eterna felicidad á un consejo dictado por la caridad, y sazonado por la discrecion y la prudencia! ¡Cuántas personas que poseen la estimacion de sus allegados, no tendrian muchas veces mas que decir una palabra para afirmar un valor vacilante, para apartar á un jóven impelido de sus pasiones, del camino funesto en que se mete, ó para sacarlo del abismo en que se ha precipitado! ¿No seria esto hacer un noble y santo uso del ascendiente que se puede tener sobre sus hermanos? Se habla para comunicarles el espíritu del mundo, y para arrastrarlos al mal; y no será uno mudo sino cuando una palabra dicha á tiempo les seria tan saludable? Hay personas que con sus consejos fuera de orden é importunos alejan de la religion á los que tratan de atraer á ella. La prudencia y la dulzura son aquí indispensables. Ved aquí el objeto de algunos consejos de los mas útiles. Dar gusto por las buenas lecturas, apartar de las malas y evitar el desafecto á leer. Inclinar á la oracion, como que es la primera necesidad, y el gran recurso de los desgraciados; los pecadores lo son siempre. Se nos dice sin cesar: Yo no veo la verdad... yo no tengo fuerza para ello... Que sea nuestra respuesta: *Pedid y recibireis*. No podemos hacer en esto cosa mejor. Despertar la esperanza. Las personas tiranizadas de las pasiones ó que han cometido grandes pecados, carecen de ella casi

siempre. El desaliento y la desesperacion pierden millares de almas que la confianza en Dios hubieran salvado.

Inspirar el deseo de oír la predicacion de la divina palabra, esponer sus dificultades, ó á lo menos de hablar á algun fervoroso eclesiástico. ¡Cuántas veces un momento de conversacion con un buen sacerdote ha bastado para disipar prevenciones arraigadas! Hablar de la Sma. Virgen y de su grande compasion hácia todos los que están en trabajos, y particularmente hácia los pecadores. Si nosotros obtenemos que se le rinda con fidelidad algun homenaje, aunque no sea mas que rezar la salutacion angélica para honrar su corazon inmaculado, ó invocar su nombre, pronto lo habrémos conseguido todo.

PUNTO III.

Oraciones fervorosas.

Nada es mas sobrenatural que la conversion de los pecadores. La industria humana es en esto impotente; todo es del resorte de la gracia. ¡Y cuál es el canal ordinario de la gracia? La oracion. Orando Moises sobre el monte, contribuyó á la victoria de Israel, mas que Josué mismo combatiendo en la llanura. De este modo una alma humilde y oculta, derramando su corazon delante de Dios y pidiéndole la vuelta de los hijos pródigos á los brazos de su padre, preparará el suceso de la palabra evangélica ó

del ministerio pastoral; y tendrá muchas veces todo el mérito de las felices conversiones, cuyo honor tal vez recibirá otro. ¿Creemos nosotros suficientemente en la divina eficacia, y en la omnipotencia de la oracion cuando se hace en nombre de Jesucristo? ¿Y oramos alguna vez con mas seguridad en nombre de Jesucristo, que cuando pedimos la salvacion de los pecadores? ¿No es por ellos por quien es Jesus, por quien es Salvador? ¡Ah, con qué ardor desea su vuelta á la justicia! Es propio de Dios, nos dice la Iglesia, enternecerse por nuestras desgracias y perdonar. ¿Cuántas veces no se queja en la Escritura de que se deja á su justicia castigar y perder almas que tanto querria salvar? Nos dice por uno de sus profetas: *Yo he buscado un hombre que ponga su oracion, como una muralla, entre mi cólera y los culpables; que tome el partido de los pecadores contra mí impidiéndome herirlos. . .* Sí, se inclinaba tanto mi corazon á la clemencia, que un solo hombre hubiera bastado para suavizar mi cólera. Yo he buscado este hombre. . . ¿por qué fué que no lo he encontrado? . . . (1)

¡Ah, Señor! vos no buscareis en vano á este amigo de los pecadores, que invoque por ellos vuestro nombre y detenga vuestro brazo vengador. Vos lo encontrareis en la piadosa sociedad de hijos de María: honrando su Corazon,

(1) Ezech. 22, 30.

han aprendido ellos la caridad. No cesarán de clamar hácia vos: *Perdonad, mi Dios, perdonad á vuestro pueblo, y no permitais que llegue á ser juguete de vuestros enemigos y los suyos . . .* (1) ¡O María! á los pecadores debeis el mas grande de vuestros privilegios, vuestra divina maternidad; tambien principalmente por ellos habeis recibido vuestro poder: ¿será posible que los obvideis? Está en vuestras manos el precio de su redencion, en vuestro Corazon está escrito su nombre . . . mostrad que vos sois su Madre. Acordaos &c. (pág. 35.)

TERCER MOTIVO DE NUESTRO CELO

PARA LA CONVERSION DE LOS PECADORES.

NUESTRO PROPIO INTERES.

PRIMERA MEDITACION.

CUANDO NO SE TIENE CELO POR LA SALVACION DEL PRÓJIMO, ESTA UNO EN GRAN PELIGRO DE PERDERSE A SI MISMO.

PUNTO I.

Se falta al mas esencial de los deberes del cristiano, la caridad.

Todo el Evangelio se encierra en el doble amor de Dios y del prójimo. El es el fuego sa-

(1) Joel. 2, 17.

grado que Jesucristo trajo del cielo y que desea con tanto ardor encender en todos los corazones. ¿Se encuentra de él una centella en el hombre que ve con el mismo ojo la gloria y el ultraje de su Dios, la salvacion y la pérdida de sus hermanos? ¿Dios es alguna cosa para el que no toma parte en su causa cuando la ve traicionar y la puede defender? Evidentemente quebranta de la manera mas formal el primero y el gran mandamiento de la ley.

En cuanto al segundo que es semejante al primero, si nos obliga á socorrer á nuestros hermanos en sus necesidades temporales, nos impone una obligacion mas estrecha todavía de asistirlos en sus necesidades espirituales. Debemos amar al prójimo como *Jesucristo nos ha amado á nosotros* (1). ¿Para qué ha derramado él su sangre? Por salvar á nuestra alma, y no precisamente para salvar nuestro cuerpo; para librarnos del infierno; y no para preservarnos de las miserias humanas.

De aquí viene lo que dice S. Agustin: *Si vosotros no teneis celo, vosotros no teneis amor.* Ademas S. Juan nos enseña que: *El que no ama, está muerto* (2). ¡Triste estado del que permanece indiferente á la salvacion de sus hermanos! Se falta por solo esto al mas esencial de sus deberes y al que hace esta situacion mas deplorable todavía.

(1) 1. Joan. 4, 12.

(2) 1. Joan. 3, 14.